Liturgia del Deseo

Oficios para un descenso

Marcelo Romero Morstadt



LITURGIA DEL DESEO

Oficios para un descenso

Marcelo Romero Morstadt

Prueba editorial · Revisión 10 · 2026

INTRODUCCIÓN

Toda liturgia es un rito que se repite para no olvidar.

Estos poemas son eso: oraciones dichas en voz baja frente al altar del cuerpo, letanías que vuelven una y otra vez sobre la misma herida, porque es ahí donde el hombre se reconoce.

El deseo no pide permiso. Desciende, como Hades, por voluntad propia, a lo más hondo del alma, y allí, en la oscuridad, el hombre se explora, se pierde y se encuentra.

Cada encuentro es una pequeña muerte; cada muerte, una forma de recordar que estamos vivos.

Aquí no se reza para salvarse. Se reza para arder.

Quien entre en estas páginas sepa que el camino desciende y que nadie vuelve del todo. Y que aun así, sabiéndolo, se elige. Siempre se elige.

Contenido

01 Hálito

02 Despojo

03 Baile para tres

04 Santa Sangre

05 Bendita Rabia

06 Memento mori

07 Memento Vivere

08 Liturgia del Deseo

I

HÁLITO



Una vez recibí ese aliento de vida. Lo sentí extraño y, al mismo tiempo, conocido, como algo que me esperaba desde antes de que yo existiera. Esa primera respiración que lo contrae todo para comenzar. No vino de mí. Creo que vino de ti, desde un lugar profundo que nadie conoce, y recorrió mi espina por primera vez, encendiéndola.

Al entrar, abrió en mí un canal. Una ruta oscura que no existía antes de su paso, tallada a la fuerza desde la garganta hasta el fondo de mi cuerpo. Ese primer viento no fue sutil: fue desgarrador. Rozó, desgastó, imprimió un sello eterno que no se puede extirpar. Por ese canal sigue fluyendo, una y otra vez, manteniéndome con vida hasta que se acabe. Es tuyo. Yo solo soy el lugar por donde pasas.

Desde entonces soy una fuente, un receptáculo que sangra, expuesto, abrumado por ciclos cortos de actos que no decido. Inhalo y me das la vida. Exhalo y te llevas un poco. Nadie me preguntó.

Sin ese aliento, sin ese viento, no soy nada. Siempre lo creí un regalo. Algo que no es de este mundo choca dentro de mí con lo que sí lo es, como antimateria contra materia, y de ese choque queda un líquido que no arde, que me recorre de arriba abajo, nunca de lado. Pensé que ese ciclo unía el cielo con la tierra, que yo era el tránsito perfecto. Ahora sospecho que solo soy una lámpara que intenta apuntar hacia arriba, y que nadie ve. O que la luz nunca vino de arriba.

Es la primera vez que ella se queda. Todavía no conoce mi casa, ni mis silencios, ni lo que vive en mi boca. La beso despacio, como quien pide permiso, y tú no lo pides. Me arrancas el aire de un golpe. Mi mano se cierra en su muñeca con una fuerza que no es la mía, la atraigo de un tirón, y siento cómo empiezas a pasar de mí a ella, agua negra buscando un vaso nuevo. Ella se aparta, asustada, frotándose la muñeca. Me mira como si no me conociera. Yo tampoco. Y lo sé: no respiro yo. Me respiras tú. Mi boca es tu puerta, y ya encontraste otra casa.

Te siento otra vez, cercana, paciente, respirándome desde adentro como quien respira sobre un cuello. Eres presencia. Una sensación salina que me deja sediento, sometido, vulnerable. El aire se vuelve espeso, pesado; no me conecta, me desorienta, me rompe por dentro.

¿Tendré algún grado de voluntad? ¿Podré seguir viviendo, o debo cargar con tu ardor, dueña de un desatino que nunca fue mío?

Mi aliento ya es tu aliento. Si sigo respirando, sigues saliendo, y ella será la siguiente. Entonces lo hago. Cierro la boca. Cierro la garganta. Te guardo, como se guarda a alguien en un abrazo del que no se le deja salir.

Al principio es casi paz. Luego el pecho arde. Te siento subir, buscar la salida, empujar contra los dientes, contra los labios sellados, como un beso que insiste desde adentro. Me intoxico conmigo mismo y el juicio se nubla. Y mi cuerpo, este cuerpo que creí mío, se pone de tu lado: empuja, convulsiona, exige abrirse. Cada músculo quiere dejarte salir. Descubro que también el reflejo es tuyo.

Me sostengo. Es lo único que alguna vez decidí.

Fin cercano, fin rotundo, que apaga mis sentidos y me devuelve a la fuente. Todo se vuelve borroso, y vuelvo a sentirte extraña y conocida, como al principio. Nunca habíamos estado tan juntos. Lo que me dio la vida es ahora lo que me la quita, y no lo suelto. No puedo dejarte escapar, porque entonces obrarías a través de mí. No pude elegir vivir. Solo puedo elegir no soltarte.

II

DESPOJO



El río corría lento, espeso, sin sonido. Cuando su resplandor los alcanzó, UNO vio al fin la forma de lo que había sido.

Su piel tenía el brillo de las cosas hechas para ser admiradas. Bajo aquella superficie no había carne: solo un vacío. Su rostro cambiaba ante la mirada de OTRO, buscando un gesto que pudiera complacerlo. No era él quien lo elegía. Nunca lo había sido.

OTRO rió, y su risa no fue una sola. Brotó de él como de una multitud encerrada, voces superpuestas que empujaban desde el fondo de su garganta. Llevaba en la piel signos y juramentos ajenos. Sobre el corazón, una cicatriz dibujaba un número: 33. Había confundido ese número con su nombre y lo había llevado con orgullo.

Buscó su nombre y no lo encontró. Abrió la boca como para llamarse, y lo que salió de ella fue un silencio más profundo que el río. Ni siquiera las voces de adentro supieron qué decir.

UNO buscó el suyo en la memoria. Solo encontró las cosas que había usado para probar que era alguien. Nada más.

Se miraron. Entre ellos había un desprecio antiguo, anterior a la muerte. OTRO miraba a UNO con desprecio. Había rechazado todo aquello que UNO perseguía y llamaba libertad a su rechazo.

—Te pasaste la vida pidiendo que te miraran —dijo OTRO—. ¿Qué te queda ahora que nadie mira?

UNO reconoció el reproche y, por primera vez, respondió sin buscar agradar.

—Tú también necesitabas que alguien te dijera quién eras. Solo elegiste a otros para que lo hicieran.

Las inscripciones de OTRO se movieron bajo la luz enferma, como si una mano invisible siguiera dictándole desde arriba. El coro murmuró algo que ninguno alcanzó a entender.

UNO lo comprendió entonces, sin palabras, como se comprende una herida al verla en otro cuerpo: OTRO también había entregado a otros el derecho a decirle quién era. No eran distintos. Nunca lo habían sido. Algo en esa certeza lo atravesó, y su rostro se detuvo. Por primera vez no buscó forma alguna. Permaneció quieto, desnudo bajo el barniz, y fue suyo durante el tiempo que dura una herida en cerrarse.

Apoyó la mano sobre el pecho hueco y aguardó el eco.

Desde muy hondo, algo respondió. Un golpe. Solo uno, seco, como de nudillos contra una puerta cerrada hace siglos.

OTRO lo oyó también. No en el pecho de UNO, sino en el suyo, bajo la cicatriz del número. El mismo golpe, en el mismo instante. Y sintió que uno de los dos treses se abría bajo la piel y se borraba, como un escalón que se hunde.

Ninguno conocía su nombre. Y sin embargo lo supieron, del modo en que la carne sabe del fuego antes de tocarlo, del modo en que un niño sabe, en la oscuridad, que alguien ha entrado en su cuarto. Algo anterior a ellos, anterior a toda palabra, se inclinó en lo más hondo de cada uno y murmuró: ÉL.

El miedo no llegó como un pensamiento. Llegó por los cuerpos.

El barniz de UNO se agrietó con un chasquido largo, como un hielo que cede, y por las fisuras empezó a brotar un líquido espeso, ambarino, de olor dulzón. En OTRO, las inscripciones se abrieron como heridas mal cosidas, y la tinta negra corrió por su cuerpo en hilos gruesos, arrastrando con ella los juramentos, las fechas, los signos. La superficie que cada uno había construido para ser visto empezó a deshacerse.

Las manos de ambos se movían sin permiso. Se cubrían la cara, se arañaban el pecho, se juntaban en un gesto que podría haber sido rezo o súplica o simple instinto de protegerse de un golpe. UNO cayó de rodillas. OTRO se encogió sobre sí mismo hasta que su espalda tocó la piedra.

El río se había detenido. Sobre el agua muerta se alzaba una figura hecha de espejos, inmóvil, y en sus fragmentos ya no aparecía ningún rostro.

Solo la puerta.

No la veían con los ojos. La veían como se ve un recuerdo, desde adentro, y comprendieron que siempre había estado ahí: detrás de cada vitrina, de cada juramento, de cada cara prestada. Habían pasado la vida dándole la espalda sin saber que era una puerta.

Entonces vino el segundo golpe.

Con él, la presencia se hizo más cercana. No trajo luz ni forma. Trajo quietud. Todo lo que en aquel lugar tenía movimiento, la tinta, el ámbar, el agua, se fue deteniendo, no por voluntad propia, sino como se detiene un animal cuando siente sobre el lomo la sombra de algo que vuela muy alto. El aire, si era aire, se volvió espeso, y en él flotaba un olor que ninguno supo nombrar, pero que ambos reconocieron: el olor de una casa en la que se ha nacido.

El rostro de UNO enloqueció. Las facciones se sucedían a una velocidad imposible, gestos de súplica, sonrisas aprendidas, todas las caras que había ofrecido para ser aceptado, buscando desesperadas cuál sería suficiente para ÉL. Ninguna lo era. Porque lo que aguardaba detrás de la puerta no esperaba nada de él. No pedía un gesto, ni una sonrisa correcta. Solo miraba. Y ante una mirada que no exige, la máscara no tiene dónde apoyarse. Las facciones empezaron a desprenderse como escamas de pintura vieja y a caer sobre la piedra, una tras otra, todas las caras que había sido. Debajo no había nada que mostrar. Y sin embargo la mirada seguía allí, viendo exactamente eso.

En OTRO, el coro gritó una última vez, cada voz por su cuenta, en un estruendo de gargantas que no se reconocían entre sí. Luego callaron una a una, no por obediencia, sino por miedo, y en el silencio que dejaron él escuchó por primera vez su propia respiración, un sonido tan débil y tan suyo que le pareció obsceno. Había servido a muchos. Había obedecido a quien gritara más fuerte contra el mundo. Había subido grado tras grado creyendo acercarse a la luz, y mientras el segundo tres se le deshacía en el pecho como ceniza, entendió que cada escalón lo había alejado de esta puerta. Y ahora, ante la única presencia que habría merecido obediencia, comprendió que no le daría órdenes. No le diría qué creer, ni a quién odiar. Lo dejaría a solas consigo mismo. Eso era lo insoportable.

Los dos se arrastraron hacia atrás sobre la piedra, sin apartar la vista de la puerta, como si darle la espalda una vez más fuera a costarles lo poco que les quedaba. Pero UNO, que nunca había subido escalón alguno, seguía más cerca de ella que OTRO. Quizás siempre lo había estado.

Aun así, les quedaba algo, y la presencia lo sabía.

No hubo voz. Hubo una pregunta, y la sintieron atravesarles el cuerpo como el frío atraviesa una casa abandonada. No preguntaba qué habían hecho. Preguntaba quién venía. Quién estaba ahí, del otro lado, llamando a la puerta.

No supieron qué responder.

El tercer golpe no sonó. Lo sintieron en los huesos, en la raíz de los dientes, en el hueco donde alguna vez estuvo el nombre. Y con él se fue lo último. De la memoria de UNO se borraron las últimas pruebas materiales de su existencia. En el pecho de OTRO ya no quedaba número que borrar, y el golpe se llevó la cicatriz misma, la herida donde habían estado los grados, como si nunca lo hubieran marcado. Quedaron sin nada que ofrecer, sin nada que los representara, desnudos como nunca lo habían estado, ni siquiera al nacer.

Entonces llegó ÉL.

No se presentó. No preguntó nada.

Simplemente pronunció sus nombres.

UNO y OTRO los reconocieron.

Y sintieron un pavor desconocido. Porque comprendieron que ÉL no solo sabía cómo se llamaban. Sabía quiénes eran.

Ya no había vencedor ni vencido. Solo dos hombres desnudos, llamados por su nombre.

La puerta empezó a abrirse.

Por la rendija entró una luz que no se parecía al resplandor enfermo del río ni a ninguna que hubieran conocido. No iluminaba. Revelaba.

III

BAILE PARA TRES



Qué pasa cuando la vergüenza y la mentira se encuentran.

La vergüenza llega primero, pero nadie la ve llegar. Se esconde en los bordes del salón, pegada a la pared, huyendo del pudor que le produce lo desconocido. No sabe crear. Solo sabe reaccionar a lo que percibe, y por eso tiembla: cada mirada la obliga a responder.

La mentira, en cambio, entra sin prisa. Se acomoda en el centro y cambia de rostro dos o tres veces, como quien se prueba vestidos. Es audaz, es maleable, es capaz de transfigurarse. Inventa realidades nuevas para no tener que habitar la que existe. Y puede hacerlo tranquila, porque sabe que mientras la vergüenza exista siempre tendrá dónde esconderse.

No necesitan presentarse.
Se miran a través del salón y se reconocen, como si hubieran bailado juntas desde antes de tener nombre, en otros cuerpos, en otros siglos. La vergüenza se ruboriza, y ese rubor es su manera de decir “aquí estoy”. La mentira sonríe, porque nunca ha necesitado otra respuesta.

Todavía no bailan.

La música no se ve. Viene de abajo, de más abajo que el suelo. Es oscura, es terrible, y aun así es armoniosa, tanto que da miedo no querer seguirla. Ninguna de las dos pregunta quién la toca, porque las dos lo saben.

Cierran los ojos y sueñan el baile antes de bailarlo. Lo sueñan para ÉL, y ÉL lo sueña en ellas. Bajo los párpados los ojos se les oscurecen hasta no tener fondo, y los cuerpos, quietos, se estremecen apenas, como si alguien los ensayara desde adentro.

Se le parecen como las hijas se parecen al padre, y lo buscan como no deberían buscarlo: inclinadas hacia el suelo, rozándolo en sueños, guardando entre los tres un secreto de familia que nadie de afuera podría entender. Son de la misma sangre oscura. Se pertenecen. Y en esa casa cerrada no entra nadie que no haya nacido adentro.

Al otro lado del salón, junto a la única puerta, estás tú.
No bailas. Me esperas.
Es lo único que quiero: estar contigo.

¿Puedes verlas?
¿Puedes oír cómo respiran?
¿Ves las caras que llevan, tan bien puestas que parecen la mía?

No me muevo. No hace falta.
La mentira abre los ojos y encuentra los míos.
Después, la vergüenza.
Y ya no las estoy mirando: me están mirando ellas.

Vienen por mí sin perder el compás. No preguntan. La mentira me toma la muñeca y aprieta hasta que la mano deja de ser mía. La vergüenza me toma la otra y me hunde las uñas, despacio, sin dejar de sonreír. Me arrancan de la silla de un tirón, y quien mirara desde lejos juraría que me sacaron a bailar.

Saben mi nombre. Saben de dónde vengo, porque vengo de donde vienen ellas.

Ahora bailamos los tres para ÉL, y la música no cambia de ritmo.

Me hacen girar más rápido de lo que el cuerpo aguanta. Me tuercen el brazo cada vez que busco la puerta. Si tropiezo, me levantan; si me resisto, aprietan más. Cada vuelta me lleva un poco más lejos de ti. Te busco por encima de sus hombros y te encuentro cada vez más pequeña. La pista no es tan ancha. Pero es la única distancia que no se puede cruzar.

Todo lo que quise decirte sigue aquí, sin decir. Cada vez que te acercaste, una de ellas lo escondía y la otra te sonreía con mi boca.

Me sonríes desde la puerta. Te sonrío de vuelta, y ellas sonríen conmigo.

Me dan asco las dos. Las dos quieren un pedazo de mí.
Y me doy asco yo, porque las reconozco. Porque son familia.

Me miro y no me reconozco. Me digo que estoy bien, que no las necesito. Me lo digo con la cara limpia y la voz firme, y es la mentira la que habla. Después es la vergüenza la que no me deja mirarme.

No cruces hasta aquí.
No me preguntes por qué.
No intentes conocerme.
Quédate en la puerta.
Si entras a la pista, serás de la familia.

Te quiero a ti. Solo a ti.

No vivas con la vergüenza y la mentira.
Yo no vivo con ellas.

¿O sí?

NO.

IV

SANTA SANGRE



No es hambre lo que siento.
El hambre se sacia.
Esto es otra cosa:
un deseo que no termina en tu cuerpo,
que lo atraviesa
buscando algo más adentro,
algo que tú misma no sabes que guardas.

Sé dónde vive.
En ese lugar sin luz bajo mi vientre
donde la sangre se vuelve espesa y antigua.
Cuando te acercas, despierta.
No me pide placer.
Me pide que te rinda.
Y el placer es solo
la llave que usa para entrar.

Te toco y mis manos ya no preguntan.
Saben.
Saben dónde ceder y dónde cerrar,
cuándo ser caricia y cuándo ser peso.
Aprendieron de algo que no soy yo,
algo que lleva siglos
estudiando cómo se dobla una voluntad
sin que llegue a quebrarse del todo.

Lo siento cuando suspiras.
Se inclina hacia ese sonido
como una bestia hacia el agua.
Cada vez que te entregas un poco más
ÉL se hunde un poco más en mí,
y yo me hundo un poco más en ti,
y ya no sé quién lleva a quién
por este pasillo oscuro.

No quiere tenerte una noche.
Quiere que me esperes.
Quiere que tu cuerpo aprenda mi nombre
antes que tu boca.
Quiere que tus deseos
empiecen a tener mi forma,
que lo que antes era tuyo
ahora solo exista cuando yo lo nombro.
Eso es lo que busca:
no tu piel,
tu manera de desear.

A veces, después,
te miro dormir y algo en mí se avergüenza.
Dura poco.
Desde el fondo sube una calma pesada,
satisfecha,
como un animal que vuelve a su cueva
sabiendo que mañana saldrá otra vez.
Y yo, que debería tener miedo,
siento orgullo.
Eso es lo que más me asusta.

Me aburro.
ÉL se aburre a través de mí.
Ya no le basta tu obediencia en la oscuridad:
quiere que la lleves contigo a la luz,
que se note en tu forma de mirarme,
de callar,
de esperar.
Quiere marcarte por dentro
donde nadie más pueda ver.
Y yo,
que nunca supe elegir,
le presto las manos.

V
BENDITA RABIA



La rabia tiene mala fama. La tratamos como una emoción oscura, casi maligna, algo que hay que esconder, corregir o de lo que hay que pedir perdón. Todos quieren eludirla, y yo también. Si pudiera elegir, desearía no sentirla nunca más. Sin embargo, cuando miro hacia atrás, la encuentro en los momentos más decisivos de mi vida. Fue la causa de la mayoría de las separaciones que he visto de cerca, incluida la mía.

Con los años he llegado a entender algo distinto: para mí, la rabia casi siempre significa una injusticia. No una injusticia objetiva, de esas que un juez podría dictaminar, sino una injusticia sentida. Algo dentro de mí dice: esto no debería ser así.

¿Cuándo nace? Nace cuando no me siento comprendido, cuando hablo y el otro no escucha lo que digo, sino lo que cree que digo. Nace cuando las cosas se me escapan de las manos y no puedo controlarlas. Detrás de cada rabia hay un deseo: el de ser visto, el de ser entendido, el de que el mundo se ordene como yo lo imaginé. Cuando ese deseo choca contra la realidad, algo se quiebra. La rabia surge sola, automática, y despierta en mí una emoción primigenia, anterior a las palabras. No quiero mostrarla, y al mismo tiempo es lo más cercano a mi verdad.

La frustración y la rabia trabajan juntas. La frustración es el deseo herido, y la rabia es el deseo armado. La primera señala lo que no puedo controlar, y la segunda le pone nombre de culpable. Entre ambas fabrican una injusticia, una fuente del mal que debe ser erradicada, ajusticiada por esa fuerza antigua que estalla en un solo segundo. Llega sin ser invitada, casi por instinto, y despliega sus armas frente a un alma absorta que no alcanza a hacer nada al respecto.

¿Deseo frustrado o injusticia? Muchas veces no sé distinguirlos, y la rabia tampoco. Para ella todo es lo mismo: lo que no salió como yo quería se convierte de inmediato en algo que no debería haber pasado. Hay injusticias verdaderas, las que dañan, las que rompen un acuerdo, las que hieren a alguien que no lo merecía. Pero hay otras que son solo mi deseo vestido de juez, mi voluntad contrariada exigiendo un culpable. La rabia llega igual de rápido en ambos casos, con la misma fuerza y la misma certeza. Lo que cambia es lo que hago después, si me atrevo a preguntarme cuál de las dos me está quemando.

Pero la rabia no solo surge: también se cocina. Como un buen guiso, puede tardar más o menos, pero el resultado es el mismo. Es magma en gestación, calor acumulado bajo la superficie que espera el momento exacto para salir. La explosión de un segundo suele ser el final de una cocción de meses, meses de desear en silencio lo que nunca pedí en voz alta.

Si la rabia se construye en el inconsciente y brota de una injusticia, o de un deseo que se hace pasar por una, la pregunta parece obvia: ¿cómo evitamos la injusticia y, con ella, la rabia? ¿Bastaría con desear menos? ¿Con esperar menos de los demás, de la vida, de mí mismo?

Tal vez podamos ordenar la mente, entender cuándo y dónde sentimos injusticia y revisar ese mecanismo ético y moral que llevamos dentro. Ese mecanismo puede domarse. Viene condicionado por nuestra historia y hasta puede reeducarse. Pero la rabia misma, igual que la pasión y el deseo, no puede evitarse. Es como el reflejo del vómito: cuando el cuerpo recibe algo extraño, ajeno, lo expulsa sin pedir permiso. Uno no decide vomitar, solo se entrega al reflejo.

Y como ese reflejo, la rabia puede postergarse, pero nunca suprimirse del todo. Postergarla exige conocerse en profundidad y saber leer las primeras señales: el calor en el pecho, la mandíbula apretada, la voz que sube. Exige, sobre todo, preguntarse: ¿qué estoy sintiendo, una injusticia o un deseo que no se cumplió? ¿Es de ahora, o es una herida antigua que se despierta?

Ahí está el regalo escondido. La rabia es un mensajero. Me dice qué me importa, qué deseo todavía, dónde siento que se cruzó un límite y qué parte de mí pide ser vista. Si la escucho antes de que explote, puede decirme algo verdadero. Si la ignoro, se sigue cocinando hasta volverse erupción.

He deseado muchas veces no tenerla. He querido ser otro: alguien sereno, imperturbable, que no arde. Pero ese deseo también es una forma de rabia, una rabia contra mí mismo por ser como soy. Y entendí que desearla lejos es otra manera de mantenerla cerca.

Por eso la mejor forma no es extirparla, sino aceptarla. Hay que reconocer que vive latente en nosotros, que habita nuestra caverna personal y que se anuncia cada vez que sentimos una injusticia hecha al cuerpo o al alma, o un deseo que la vida no quiso cumplir. No es la enemiga, sino la centinela que a veces grita demasiado fuerte.

Bendita rabia seas. Desearía no tenerte, y quizás nunca deje de desearlo, pero te acepto. Nunca podré extirparte, solo reconocerte. Tendré que mantenerte a raya sin dejar que gobiernes mi juicio, pero escuchando lo que vienes a decirme. Y cuando escapes, cuando estalles sin permiso, sabré que la falla no eres tú, sino mi incapacidad, todavía, de aceptarte por completo.

VI

MEMENTO MORI



Qué terrible es desear. Desear a otro tanto que se pierde la conciencia de lo que uno es, la capacidad de razonar, de decidir. Memento mori.

Una y otra vez el sonido del placer te inunda, y lo olvidas todo menos tu naturaleza animal, que aflora en ese instante en que el alma se rinde al cuerpo. Memento mori.

Ahora entiendo a Hades, el hermano mayor de Zeus, que eligió descender junto a Perséfone, la hija de Zeus. Lo dejaron todo para bajar a lo más profundo del alma, al Tártaro, porque solo ahí él podía explorarse como hombre. Huyeron de lo elevado para dejarse llevar a esa negra profundidad de la que nadie vuelve. Memento mori.

El placer negro te interroga. Te obliga a repensar quién eres, qué quieres de la vida. Te ofrecen la dimensión elevada, espiritual, sublime, y prefieres el infierno: ese calor que funde los metales más duros hasta volverlos agua. Memento mori.

Extraña cosa es un placer que infunde miedo. Miedo a perder el control, porque es descontrol, desorden, una pasión tan honda que no deja ver nada más que el ahora. Memento mori.

Te mueves en una danza oscura, guiado por una intuición, por el recuerdo de lo que alguna vez fuiste. Un regalo para otros, el cuerpo de otros: la errática y conocida función que une los sexos en uno solo, deseándote a ti y al otro. Memento mori.

Ese descontrol, esa sinrazón, hace del hombre un ser pequeño en la vastedad del universo. Te reduce a tu mínima expresión, te desnuda, te comprime hasta volverte un punto de densidad infinita que baila esperando esa muerte. Es el instante en que ya no controlas nada, porque sabes que llega la pequeña muerte, la conocida, la que te lleva al centro del universo y te hace estallar como la supernova de un sol frío. Memento mori.

Ahora entiendo a Odiseo, que se hizo atar al mástil, porque el canto de las sirenas es hondo, es intenso. Te hace dudar de ti como persona y como hombre, te arranca el juicio y te empuja a saltar al agua en busca de esa emoción primigenia, el placer oculto en el cuerpo del otro. Memento mori.

La pasión no se cuestiona; la pasión no se mide. Te infantiliza, te somete, te adormece los sentidos. Pierdes la voluntad, la estructura, las rutinas que alguna vez te sirvieron para soportar lo inefable, lo etéreo, lo sutil. Memento mori.

Ahora entiendo lo peligrosa que es la pasión. Te hace perder la cordura, te arrebata, te convierte en un muerto en vida que rastrea la vida en el olor del otro, solo para poder justificar la suya. Memento mori.

Y aun sabiéndolo todo, elijo. Siempre elijo.

Memento mori, no me busques tanto: yo te buscaré a ti, como tantas veces lo he hecho. Entiendo que la muerte es necesaria para poder gozar la vida, una vida que se atreve a sentir, que busca morir, porque en esa muerte encuentra su verdadera razón de vivir.

VII
MEMENTO VIVERE



Te hablo desde aquí abajo. No me busques arriba, no me busques en la luz. Aquí la tierra está húmeda y no se ve nada, y por primera vez no tengo que sonreír.

Allá afuera siguen construyendo. Cosas, vidas, almas. Siempre arriba, siempre buenos, siempre sonrientes. Opaco reflejo. Los escucho caminar sobre mi techo y no los envidio.

Esa vida nunca fue mía. La escupo, reniego de ella, la difamo. Era un traje cosido por otras manos, la talla exacta del miedo de mi madre, del orgullo de mi padre. Nunca destruir, nunca errar, nunca equivocarse. Aquí abajo nadie me ve fallar, porque aquí abajo todo es falla.

Ellos buscan la armonía y no entienden que sin los graves no hay música. Yo soy el grave. La nota que nadie quiere escuchar, la que vibra tan bajo que no se oye, solo se siente en el estómago.

El universo también tiene su sótano. Una materia invisible que no brilla, que no se deja ver, y que sin embargo lo sostiene todo. Ahí abajo algo baila. No es una danza de fiesta: es la danza de lo incierto, lenta, a oscuras, un cuerpo que se mueve sin saber hacia dónde y no le importa. Shiva baila sobre los restos de lo que destruyó. Yo bailo sobre los restos de lo que fui.

Este es el útero que no tiene luz. La caverna donde guardé todos los miedos que allá arriba reduje a nada. Aquí no son nada. Aquí respiran, me rodean, me conocen por mi nombre. Son lo único verdaderamente mío.

Los alquimistas llamaban a esto la negrura. La materia pudriéndose en el fondo del frasco. Ellos la soportaban esperando el oro. Yo no espero nada. Me quedo en la putrefacción porque es el único lugar donde no tengo que fingir que estoy completo.

Antes del alma fue el barro. Tierra mojada, sin forma, sin nombre, llena de nutrientes. Dicen que los dioses nos hicieron primero de lodo, y el agua nos deshizo. Que se avergonzaron de nosotros y nos destruyeron. Que intentaron otra vez, con otra materia, más firme, más digna.

Yo soy ese primer intento. El que se deshizo. El que no sirvió.

Y aquí sigo, blando, informe, mezclado con la tierra. No quiero evolucionar. No quiero que me horneen, que me den forma, que me pongan de pie para que los dioses me admiren. Ya me admiraron una vez y me rompieron.

Somos putrefacción. Somos negrura. Somos lo que se esconde porque esconderse es la única forma de estar.

Recuerda vivir, dicen. Esto también es vivir.

VIII

LITURGIA DEL DESEO



He descendido.

Lo hice muchas veces, a través de ritos y mitos que inventé para comprender lo que me habitaba. No conocí otra forma de hacerlo que repitiendo. Por eso llamé a este recorrido una liturgia. No fue una ceremonia única, sino un gesto que volvió hasta gastarse y, al gastarse, se volvió verdadero, como el agua que a fuerza de caer horada la piedra, o como la oración que, de tanto decirse, deja de ser palabra y se vuelve respiración.

Estos textos fueron mis puertas. Crucé cada una sin saber si saldría del otro lado. La liturgia, en su origen, fue una obra común, algo que no se hace solo. Ahora comprendo que tampoco recorrí solo este descenso.

En el descenso reconocí nuestra fascinación antigua por la unión de los opuestos: el blanco y el negro, el arriba y el abajo, el uno y el dos, el sol y la luna. Nos fascina porque intuimos que no son enemigos, sino pareja. Se buscan, se completan, se suceden en una danza que no termina. Y en esa danza comprendí la necesidad de asumirlos e integrarlos, en lugar de elegir uno y mutilar el otro.

Cada día nacemos y cada día morimos. El ciclo solo se detiene cuando deseamos quedarnos de un solo lado.

Durante mucho tiempo me pregunté a dónde pertenecía: si a lo alto, a lo sublime, a lo etéreo, o a las raíces, a lo oscuro, a la tierra negra.

Casi siempre elegimos según nuestra necesidad. Y casi siempre elegimos subir.

Yo elegí bajar. Me interné en la dimensión donde habitan nuestros deseos más hondos, más intensos, más internos. Encontré ese umbral alimentado por emociones terrenales, guturales, que nos devuelven al calabozo que llamamos cuerpo. Calabozo, sí, pero también templo, porque toda liturgia necesita un lugar donde celebrarse y no tenemos otro.

Fue el cuerpo quien guio esa navegación hacia lo más profundo de la psique. En sus emociones primigenias encontré lo que había olvidado, lo que había negado porque creí, equivocadamente, que era sucio, indebido, prohibido, secreto, oculto.

Comprendí entonces cuánto había luchado contra él, cuánto había intentado reprimirlo, normalizarlo, encerrarlo. Siempre había estado ahí, esperando el momento de aflorar y recordarme que no todo puede ser espíritu. También somos víscera. También somos lo primitivo, la raíz de un cuerpo que se niega a elevarse porque está firmemente arraigado en la tierra que lo sostiene.

Exploré la roca, el centro, las cavernas, los infiernos. Allí comprendí que sin ellos somos seres lineales, siempre buscando una superioridad que nos obliga a renegar de lo que hemos sido desde el principio: imperfectos.

Aquella fue la puerta que atravesé. No salí indemne, ni regresé siendo el mismo. Pero el umbral sigue ahí y ahora sé reconocerlo.

Hoy, otra vez, bajo.

Todos los textos y las imágenes de esta obra nacen de la imaginación y del universo creativo del autor.

Las ilustraciones encuentran su principal referencia estética en *Carceri d'Invenzione* (*Cárceles imaginarias*), la serie de grabados de Giovanni Battista Piranesi.

Su desarrollo y perfeccionamiento literario, visual y editorial contaron con la asistencia de herramientas de inteligencia artificial.



Hoy, otra vez, bajo.

LITURGIA DEL DESEO

Oficios para un descenso

"Nacimiento, Vida, Muerte, Resurrección y Ascensión en un viaje que se hace sublime al seguir una pluma suave, ágil, liviana, pero profunda..."

"La lectura, una delicia de flujo imaginativo que lleva a la reflexión."

Alexander Tupper

Comentario de lectura

